

DIÁLOGO SOBRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ENTRE MAESTROS

Como homenaje a los setenta años de un maestro he pergeñado en estas páginas un diálogo imaginario entre dos figuras entrañables. Se trata de Pedro Henríquez Ureña y Ezequiel Martínez Estrada, quienes, como se dice más adelante, se encontraron realmente en sus viajes en tren hacia La Plata, ciudad argentina donde ambos dictaban clase.

Hace ya varios años comenté esta idea con Antonio Alatorre, cuando debí escoger —dificilísima elección— la obra de uno de ellos como de tesis. Antonio me ayudó en esa tarea y dirigió el trabajo que finalmente dediqué a *Muerte y transfiguración de 'Martín Fierro'*. Ambos pensadores me unen de este modo singular con Antonio Alatorre, sobre cuya forma de ser maestro diré aún algunas palabras.

Antonio Alatorre no se considera a sí mismo un maestro en el sentido tradicional. La principal razón que lo une a alumnos y lectores es, para tomar su propia expresión, “la más simple, la más límpida, la menos tortuosa”: el amor por la lengua y el amor por la lectura. Así comienza su libro *Los 1,001 años de la lengua española*:

En este libro que el lector tiene abierto ante los ojos he querido hacer *una* historia de la lengua española; contar, a mi manera, el acontecer de un fenómeno que a mí me interesa mucho. Al escribirlo, he pensado en lectores asimismo interesados en el tema. Con ellos he estado dialogando en mi interior, y a ellos me dirijo¹.

¹ Cf. ANTONIO ALATORRE, *Los 1,001 años de la lengua española* (1979), ed. corr. y aum., El Colegio de México-F.C.E., México, 1989, p. 7.

Participar con nosotros sus lecturas y así, de manera indirecta, enseñarnos a leer. Porque en literatura se trata, ante todo, de ser un buen lector. Leer con gusto, con cuidado, con amor por el texto. Leer y releer hasta que se abra paso el instinto del buen entendedor. El método de todo maestro genuino es, como lo dice Borges respecto de Henríquez Ureña, indirecto. Y en muchos casos, agrego, paradójico. El propio caso de Borges sirve como ejemplo. Escritor considerado difícil y minoritario, mucho sorprende encontrar, en la mesa de ofertas de cualquier librería de la ciudad de México, y a precio de revista, los libros de la colección que lleva por título “Biblioteca personal”, serie que incluye muchas de las obras que leyó el propio escritor y cuya publicación él mismo sugirió a pedido de una editorial. Al hacer su antología, Borges no se apegó a otro criterio que su propio gusto como lector: no se trataba de elegir “las cien mejores obras maestras” o “los cien autores que no deben faltar en una biblioteca”, sino solamente de compartir con el gran público sus lecturas dilectas.

He aquí la que denomino “paradoja Borges”: un autor que pocos llega a compartir sus lecturas con muchos, sin ninguna concesión al gusto de otros o a las modas. Es el buen catador que convida un poco del vino que a él le sabe mejor, sin preocuparse por criterios exteriores como la marca o la cosecha, sólo guiado por su instinto de conocedor.

En el prólogo a la “Biblioteca personal” leemos:

A lo largo del tiempo, nuestra memoria va formando una biblioteca dispar, hecha de libros, o de páginas, cuya lectura fue una dicha para nosotros y que nos gustaría compartir. Los textos de esta íntima biblioteca no son forzosamente famosos. La razón es clara: Los profesores, que son quienes dispensan la fama, se interesan menos en la belleza que en los vaivenes y en las fechas de la literatura y en el prolijo análisis de libros que se han escrito para el análisis, no para el goce del lector. . . Ojálá seas el lector que es libro aguardaba².

Fácil es descubrir afinidades entre la “paradoja Borges” y la “paradoja Alatorre”: para ser buen escritor, buen crítico o buen maestro, es preciso ante todo ser un buen lector.

A este maestro paradójico dedico las páginas que siguen.

² JORGE LUIS BORGES, *Biblioteca personal (prólogos)*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. iii-iv.

LARGO VIAJE EN TREN

Los lectores conocen muy bien a los protagonistas de este imaginario viaje en tren. Pedro Henríquez Ureña es un filólogo y ensayista dominicano que vivió entre 1884 y 1946. Desarrolló una fructífera labor literaria primero en Cuba y luego en Argentina, con un periodo intermedio en México, donde se vinculó a Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Se preocupó siempre por la relación entre literatura y cultura latinoamericana, desde sus trabajos tempranos (*Horas de estudio*, 1910) hasta sus trabajos de madurez (*Las corrientes literarias en la América Hispánica*, 1945 o *Historia de la cultura en la América hispánica*, de publicación póstuma, 1947).

¿Quién fue Ezequiel Martínez Estrada? Escritor argentino (1895-1964) que, como Henríquez Ureña, se inicia como poeta pero será recordado fundamentalmente como ensayista. Además de su vasta cultura humanística, que se refleja en sus estudios de literatura universal —en especial de la obra de Balzac, Nietzsche, Montaigne y Kafka—, Martínez Estrada lleva a cabo análisis señeros de la cultura argentina primero y latinoamericana después, desde su obra clásica, *Radiografía de la pampa*, de 1930, *Muerte y transfiguración de "Martín Fierro"*, de 1948, hasta su vasta investigación sobre Martí y un estudio de corte sociohistórico, *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, de publicación póstuma, en 1964.

Además del curioso itinerario inverso que siguieron estos intelectuales (de Cuba a México, de México a Argentina en el caso de Henríquez Ureña y de Argentina a México y de éste a Cuba en el caso de Martínez Estrada), descubriremos en ellos ciertos rasgos afines como su inserción en el panorama de la cultura latinoamericana en cuanto intelectuales y ensayistas críticos, maestros y guías de generaciones, su interés por el problema de la cultura latinoamericana o, dicho de otro modo, de América Latina como *cultura*, y su evidente pertenencia a una generación que emprenderá la revisión crítica del positivismo, como puede desprenderse de la admiración de Henríquez Ureña por Kant y de Martínez Estrada por Nietzsche.

Una vez presentados los "protagonistas", permítaseme presentar el "escenario" de la confrontación entre ambos: un tren. Entre Buenos Aires y La Plata se tienden sesenta kilómetros de vías férreas. Entre 1923 y 1946 el tren fue el lugar donde diariamente se encontraron, en diálogos memorables, estos dos gran-

des del pensamiento latinoamericano. Pedro Henríquez Ureña llegaba refugiado de disidencias políticas en México³. Martínez Estrada, que consecuentemente se negó a vivir como profesor universitario y tenía un trabajo burocrático, se dedicaba a dar clases de literatura en una escuela secundaria platense.

Existen preciosos testimonios de esta etapa de la vida de ambos maestros, como el recuerdo de Enrique Anderson Imbert⁴, quien fue uno de sus alumnos, o la "Evolución iconomántica" que hizo Martínez Estrada de Henríquez Ureña precisamente para despedir sus restos⁵. De manera sorprendente, Henríquez Ureña había muerto en ese tren, en 1946, cuando, al agacharse a recoger su sombrero, tuvo un derrame cerebral.

De lo que Martínez Estrada opinaba sobre Henríquez Ureña queda pues testimonio escrito —testimonio que resulta de interés complementar con lo que Jorge Luis Borges, su contemporáneo, dijo sobre Henríquez Ureña como introducción a la *Obra crítica del dominicano*⁶.

Entre los recuerdos de esos viajes en tren, dice Martínez Estrada:

Nunca hemos hablado de temas ordinarios o baladíes, como era usual en los viajes de una hora en tren. Estábamos muy próximos en nuestras opiniones sobre asuntos sociales, como lo estábamos en muchas otras cosas "de fundamento"... Ambos éramos del mismo grupo de dadores universales que en el lenguaje de la mojigatería mental se moteja de comunismo, anarquismo, socialismo, como antaño de herejía, masonería y jacobinismo. Por ejemplo ambos juzgábamos del estado social y político del mundo con criterio filosófico más que político⁷.

³ Sobre las razones que provocaron su alejamiento de México véase ALFREDO A. ROGGIANO, *Pedro Henríquez Ureña en México*, UNAM, México 1989, pp. 257 ss.

⁴ "Martínez Estrada en 1926", *CasA*, 1965, núm. 33, pp. 50-54.

⁵ "Pedro Henríquez Ureña; evocación iconomántica, estrictamente personal", *CuA*, 1960, núm. 5, 73-98. Reproducida con el título "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", en EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Leer y escribir* comp. de Enrique Espinoza, J. Mortiz, México, 1969, pp. 143-146.

⁶ Véase el prólogo de JORGE LUIS BORGES a Pedro Henríquez Ureña *Obra crítica*, ed., bibl. e índice de Emma Susana Speratti Piñero, F.C.E., México, 1960, pp. vii-x. Tanto Borges como Martínez Estrada veían al dominicano ante todo como un maestro de maestros.

⁷ "Pedro Henríquez Ureña; evocación iconomántica", p. 85.

¿Qué opinaba Martínez Estrada de su compañero de viaje? Lo admiraba primeramente como maestro, lamentaba que su modo de prodigarse a los alumnos hubiera escatimado horas a su obra crítica y se sorprendía ante el carácter en extremo mesurado, autocontenido, ante la disciplina y austeridad del dominicano.

¿Y qué opinaba Henríquez Ureña de Martínez Estrada? En este caso, la opinión más sugestiva nos llega por tradición oral. En efecto, sus alumnos de La Plata le preguntaron en alguna ocasión a Henríquez Ureña si creía en el genio. “No lo sé”, respondió pensativo el maestro. “Pero si el genio existe, éste es Martínez Estrada”. Tal es la versión de la anécdota relatada por Arnaldo Orfila Reynal. Otros testigos presenciales afirman que lo que en realidad dijo el dominicano es que los argentinos han tenido un genio completo, que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, y un medio genio con talón de Aquiles, y éste es Martínez Estrada.

Contamos incluso con testimonios anecdóticos de aquellos viajes en tren. En cierta ocasión, recuerda Orfila Reynal, se hablaba de Sarmiento, y en una broma diabólica y provocativa, muy del gusto de Martínez Estrada, éste le dijo al mesurado y siempre propio don Pedro que Sarmiento “tenía una mentalidad fascista”, con lo cual logró —cosa excepcional— sacar de sus casillas al pobre Henríquez Ureña, quien a su vez protestó exaltado por ese juicio, al que acusó de falso. Ante el pasaje asombrado por la escena, Martínez Estrada, entre risas, se apresuró a aclarar que se trataba sólo de una broma.

Como se ve, ya desde las anécdotas es posible descubrir ciertas tendencias apolíneas en uno y dionisiacas en el otro. El equilibrio, la medida y la actitud siempre razonable y tolerante de Henríquez Ureña (“Domador de sí mismo, razonador, frío, cortés, impersonal”, lo describe Martínez Estrada)⁸ contrastan con el *daimon*, el espíritu provocativo, el gusto por los extremos de Martínez Estrada.

DOS VISIONES DE ESPAÑA

Es notable la preocupación de ambos maestros por el tema de España. Como un tesoro guardamos testimonio de que efecti-

⁸ Art. cit., p. 83.

vamente ambos discutieron sobre el punto de sus viajes en tres

A Martínez Estrada le exasperaba la “ternura filial” (así la llama) que Henríquez Ureña prodigaba a España y lo español. Y comenta: “. . . me opuso siempre una exagerada posición ortodoxa a mi vieja requisitoria contra España y a cuanto tiene sabor a pompa imperial. . .”. “Discutimos muchas veces”, añade⁹.

Para Martínez Estrada —como para muchos otros americanos cultos en plena época de la Guerra Civil—, existen dos Españas. Una, a la que condena, es la representada por Menéndez Pelayo y lo que el argentino considera su espíritu inquisitorial. La otra España, en su opinión la única rescatable, es la del Guernica y el Destierro. Así lo dice:

. . . Preparaba yo *Radiografía de la pampa*, donde se enjuicia severamente la Conquista, la Colonia y el resabio que dejó en estas tierras lo que entiendo que es la raíz oscura y amarga de la españolidad representada [. . .] por Franco y no por Machado [o Unamuno]. En fin: admitamos que hay dos Españas (como hay dos Argentinas o dos Méxicos), una que está cimentada en la tierra de España y otra que es la tribu errante. Henríquez Ureña defendió las dos, la borbónica y la republicana, la sepultada bajo los cimieros del Escorial en la guerra civil de 1936 y la de los heterodoxos. . . Para él eran España el Poema del Cid y los romances, las canciones de amigo, la Celestina . . . la de los mártires por la libertad, que tantos tuvo. Para mí era la España que constituyó el *continuum* histórico, militar y eclesiástico. . . Él la juzgaba por sus místicos y yo por sus mistificadores; él por Bartolomé de las Casas y Bernal Díaz del Castillo, y yo por los encomenderos los inquisidores¹⁰.

Henríquez Ureña fue siempre dueño de un sentimiento de simpatía por la cultura hispánica. Aclaremos: no se trata de un pro-hispanismo de derecha defensor de la leyenda blanca y exaltador de las bondades de la colonización española. Definitivamente no. Se trata de una actitud hacia España muy parecida a la que se asumió muy recientemente en la cumbre de Guadalajara (y que incluso se preparó ideológicamente con las nuevas valoraciones de la obra de Alfonso Reyes): América y España se dueñas de cultura y tradiciones compartidas. Así como es innegable la comunidad idiomática, esa unidad en la diversidad de

⁹ Art. cit., p. 86.

¹⁰ “Evocación iconomántica”, pp. 86-87.

español de la Península y de América, existe también una unidad histórica y cultural que debe revalorizarse.

En "Raza y cultura hispánicas" dice Henríquez Ureña:

Lo que une y unifica a esta raza, no real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma. Cada idioma lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos. Así el latín [...] Deshecho el Imperio Romano, su idioma se partió en mil pedazos; pero en las lenguas de cultura que se construyeron sobre las ruinas del latín, dominando a la multitud circundante de dialectos rivales, sobrevive la tradición del Lacio, y esas lenguas la han difundido sobre territorios que Roma no sospechó. Pertenecemos al Imperio Romano...¹¹

En 1922, durante su viaje a la Argentina, en el discurso como integrante de la delegación mexicana, publicado en la revista *Nosotros*, dice Henríquez Ureña:

La misión de nuestra raza, de nuestra América, es una misión espiritual, como lo acaban de recordar Ingenieros y Vasconcelos. Aun a riesgo de parecer contagiado de aquella ingenuidad que en los tiempos de la colonia daba el nombre de Atenas a las ciudades cultas del Nuevo Mundo, yo me atrevo a expresar —y el maravilloso esplendor de nuestra moderna poesía pudiera ya comenzar a justificarlo— que nos toque devolver a la civilización el sentido espiritual que le dieron a la Grecia clásica y las repúblicas italianas desde Dante hasta Leonardo. Pero hasta los pesimistas me permitirán que invoque el ejemplo de Grecia y de Italia para recordar a nuestra América que la desunión es el desastre... Bolívar dijo que quien pretendiera unir a los pueblos de la América española araría el mar; y bien: lo que hubiera parecido milagro se está realizando; nuestros barcos vienen arando en el mar. La salvación de nuestra América, para que llegue pura y fuerte a cumplir su misión espiritual, está en la unión...¹²

De allí que Henríquez Ureña escriba un libro llamado *Mi España*, y prefiera la denominación de "América Hispánica" a la de "América Latina", pues aquélla permite reforzar aún más,

¹¹ Cf. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Obras completas*, Universidad Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1979, t. 6, p. 273.

¹² *Apud* ALFREDO ROGGIANO, *op. cit.*, p. 257.

como lo dice en su obra *Corrientes literarias*, “el sentido de la unidad de cultura en los países que, en este hemisferio, pertenece a la tradición hispánica”¹³.

Absolutamente opuesta a esta posición incluyente es la irtransigencia de Martínez Estrada, quien, con motivo de la celebración del Día de la Raza en 1930, se refiere a la “herencia fatídica” que dejó España a sus colonias:

Si los americanos tenemos algo que celebrar unidos, es lo que hemos llegado a ser (a pesar de la herencia fatídica que pesa sobre nuestro pensamiento, en nuestra sensibilidad y en nuestra voluntad) y lo que llegaremos a ser (cuando encontremos, buenas o malas, las normas genuinas que nos liberen de lo europeo y nos entreguen a un nuevo destino). De donde la fiesta continental del 1 de octubre ha de ser el día de nuestra realidad y nuestro porvenir dejando de ser la conmemoración de los peores lastres de nuestro pasado¹⁴.

Y apuntemos la importancia de su apelación a la idea de fiesta, que da mayor énfasis a la idea de oposición entre lo que fuimos y lo que seremos, en nuestro destino no como evolución sino como ruptura con la herencia colonial española, esto es, cortescisión con el pasado para llegar al porvenir. Más que en un retorno al pasado, piensa Martínez Estrada en un retorno al futuro, donde se encuentra nuestro “destino” —como sentido y predestinación. Si América Latina *significa* algo, si tiene un *sentido*, éste se encuentra en el futuro, en la realización de una idea de América que no es ni la herencia colonial del pasado ni su presente como naciones dependientes.

DOS VISIONES DE AMÉRICA

Así como discutieron sobre España, la confrontación entre las visiones de América que tuvieron ambos pensadores pudo haber dado en la realidad, en alguno de sus viajes en tren. No sabemos si así sucedió, pero sí nos sentimos con derecho a reconstruir la confrontación de ideas a partir de los juicios vertidos en sus obras. Más aún, nos atrevemos a calificar sus puntos de vis

¹³ *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945), 4a. reimp. F.C.E., México, 1978, p. 7.

¹⁴ “Doce de octubre, fiesta”, en *Leer y escribir*, p. 71.

contrastantes (¿o complementarios?) como una imagen apolínea y otra dionisiaca de nuestro pasado, presente y futuro.

Para Henríquez Ureña, la América Latina posindependiente se asemeja a la cultura mediterránea posterior al imperio romano. En este último caso se trata de culturas diversas a las que la penetración colonial romana dio una serie de rasgos semejantes y mantuvo violentamente en unidad, y que forman, tras el derrumbe del imperio, un conjunto de naciones en las que rebrota la particularidad pero que no podrán nunca negar el sustrato mediterráneo que les otorga, por debajo y por detrás de la latinización, ciertos rasgos comunes. Esto es, no se trata de culturas tan semejantes como lo hizo suponer la uniformización artificial impuesta por Roma, ni tan disímiles como pueden sentirse los integrantes de cada una de estas entidades. Existen, según Henríquez Ureña, ciertos rasgos culturales anteriores al establecimiento del imperio romano, a los que sintetiza como el carácter “mediterráneo” de estas culturas, que desde muy temprano se vincularon a través del mar. Ese sustrato cultural es el que anima su unidad en la diversidad y el que da armonía, número, proporción, estilo, a su historia. Si por debajo de la historia del Imperio Romano es posible encontrar este sustrato común, es posible presagiar que las naciones mediterráneas no vivirán mucho tiempo desencontradas. Insistimos: antes y por debajo del fenómeno imperial, ya estaban estas naciones unidas:

Aceptemos francamente como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción substancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano. . . Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romania. Antonio Caso señala con eficaz precisión los tres acontecimientos de Europa cuya influencia es decisiva sobre nuestros pueblos: el Descubrimiento, que es acontecimiento español; el Renacimiento, italiano; la Revolución, francés. . .¹⁵

¹⁵ “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928), en PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Obras completas*, t. 6, p. 23.

Y concluye:

...la existencia de la Romania como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa [...] cada pueblo se ha expresado con plenitud de carácter dentro de la comunidad imperial¹⁶.

Fácil es advertir la analogía implícita con las naciones americanas, cuyo sustrato cultural indígena¹⁷ y su desarrollo en torno al Atlántico¹⁸ permiten presagiar que tras el duro proceso de independencia de la metrópoli espera a América Latina el encuentro y no el desencuentro: unidad en la diversidad. La posibilidad de encontrar en la historia de América un orden, un sentido de unidad y proporción, y la posibilidad de una marcha armónica y sincrónica de los tiempos y *tempos* históricos de América Latina —una marcha proporcionada, mesurada, armónica, en cierto modo, “estética”— convierten a Henríquez Ureña en un intérprete apolíneo de nuestra historia¹⁹.

El Atlántico es, antes que el mar imperial pintado por Martí nuestro Mediterráneo. No en vano recurre frecuentemente Henríquez Ureña a analogías con el agua. Corrientes, ríos y mares aparecen en sus páginas:

Nuestra literatura absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza; la vida del campo, sedentaria y nómada; la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agitación política del momento [...]. La inun-

¹⁶ *Ibid.*, p. 24.

¹⁷ Pensemos, por ejemplo, en la posibilidad de un horizonte andino simbolizado en el culto al felino y el cultivo del maíz y el chile, pensemos en ese enorme corredor por el que se desplazaron los primeros migrantes asiáticos que dieron un rostro a la raza indígena.

¹⁸ Dice más adelante que “... para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español”, *ibid.*, p. 27.

¹⁹ Pensemos que otro gran pensador nuestro, Alfonso Reyes, se ha preocupado también mucho por nuestro pasado indígena y español, y su insistencia en el estudio del latín debe verse a la luz de sus reflexiones sobre el imperio romano y la latinidad de América. Sin duda a ambos ensayistas una visión de América como la que ofrece García Márquez en *El general en su laberinto* (crónica pormenorizada del desencuentro entre la utopía bolivariana y la realidad miserable del XIX americano), resultaría excesivamente pesimista.

dación romántica duró mucho, demasiado [...] ahogó muchos gérmenes que esperaba nutrir [...] Cuando las aguas comenzaron a bajar, no a los cuarenta días bíblicos, sino a los cuarenta años, dejaron tras sí tremendos herbazales, raros arbustos y dos copudos árboles, resistentes como ombúes: el *Facundo* y el *Martín Fierro*²⁰.

Y la acuciosa pregunta: “Ahora que parecemos navegar en dirección hacia el puerto seguro, ¿no llegaremos tarde?”²¹

Es válido preguntarse si Henríquez Ureña tiene una visión de la historia de América como proyección de sus estudios de literatura y filología o si, por el contrario, estos temas le brindan el modelo que está buscando para nuestra historia cultural. Me inclino por lo segundo. Henríquez Ureña ve en la tensión entre unidad y diversidad de las lenguas y literaturas romances hechos que pueden proyectarse en todos los ámbitos de historia de América Latina.

La visión de América de Henríquez Ureña es “apolínea” en más de un sentido. Por una parte, en su asociación con el cuadro armónico de las corrientes que desembocan en un mar benevolente, cuadro opuesto a la imagen de inundación y desborde. Por otra parte, su continua apelación al ideal de orden, disciplina, medida, proporción, como la única forma de construir presente y futuro sólidos.

El movimiento histórico que plantea Henríquez Ureña no sigue meramente un impulso de inercia, ni tampoco obedece a cambios bruscos. Hay en él un cierto intento dialéctico: el descontento —los problemas— son la fuerza que prepara el porvenir —la promesa—, pero en este presente de descontento anida ya ese porvenir que lo superará.

Radicalmente distinta es la visión de la historia de América que tiene Martínez Estrada. Si el Atlántico es en un sentido positivo nuestro Mediterráneo —él esta de acuerdo con esa imagen—, en cuanto es el mar de creadores de patria como Bolívar y Martí, también lo es en el sentido negativo de mar imperial: es el mar de los barcos de descubrimiento y exploración pero también el mar de piratas y corsarios. Por otra parte, la identificación del Atlántico con el Mediterráneo no nos debe conducir a error, puesto que no implica nuestra identificación con Europa o primer mundo, con la que sólo tenemos —mal que a muchos

²⁰ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, “Seis ensayos en busca de nuestra expresión”, p. 13.

²¹ *Ibid.*, p. 26.

pese— semejanzas superficiales o corticales, sino sobre todo con África:

Existen sobre América [...] numerosos malentendidos que arrancan con las crónicas de la Conquista, y que llegan hasta las últimas filaturas de los panamericanistas e indigenistas. A la noción [o más bien estereotipo] de que éramos un vástago impúber y glorioso de Europa, aparece recientemente la idea confusa [...] de que nuestro parentesco de tierra y sangre está más estrechamente sellado con los pueblos de Asia, África y Oceanía. El concepto de regiones subdesarrolladas y de países estacionarios [...] ha dado una claridad insospechada al hacerse evidente una realidad encubierta [...]. Aquello que nos hacía creer que pertenecíamos a una variedad social, política y económica que alcanza su más excelente expresión en Alemania, Francia e Inglaterra [...] resulta una de las superestructuras mentales cuyo origen fue y es nuestro complejo de inferioridad²².

El Atlántico nos vinculó a los países de Europa pero no nos hizo iguales a ellos. El colonialismo psíquico nos inculcó el prejuicio de que representábamos un gran papel en la historia del Occidente, en tanto los hechos muestran que somos subdesarrollados y gobernados desde lejos²³. Paradójicamente, al dejar desnuda nuestra relación de dependencia, las propias metrópolis o naciones opresoras han indicado el camino de la liberación.

Donde Henríquez Ureña, amigo del matiz y el semitono enemigo de lo abrupto, descubre procesos, líneas, desarrollos ininterrumpidos, Martínez Estrada, quien prefiere siempre los contrastes y los colores fuertes, ve antítesis radicales: apariencia y profundidad, desarrollo superficial y subdesarrollo profundo. Esto lo conduce a la idea de que el futuro de América no está en una evolución sino en una revolución.

Por otra parte, la confianza optimista de Henríquez Ureña por las fuentes documentales y la reconstrucción cuidadosa de nuestro pasado contrasta con la desconfianza de Martínez Estrada hacia la historia documental, a la que no considera más que como falseamiento de la verdadera historia de nuestro pueblo.

²² EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, "El colonialismo como realidad", *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*, UNAM, México, 1964, reproducido en el número de homenaje que le dedica la revista *Casa de las Américas*, 1965, núm. 33, p. 83.

²³ Art. cit., p. 84.

Paradójicamente, esta desconfianza hacia el documento por parte de Martínez Estrada desembocará en final inesperado. Cuando Silva Herzog sugiera la idea de que la isla de Utopía descrita por Tomás Moro no es otra que la propia isla de Cuba, Martínez Estrada explorará hasta sus últimas consecuencias la idea, con el espíritu de agotar las pruebas documentales para mostrar que la intuición de Silva Herzog era cierta y Cuba es la tierra de promisión y de utopía. Martínez Estrada analiza pormenorizadamente la correlación entre las descripciones de la *Utopía* de Moro y las noticias de las *Décadas del Nuevo Mundo*. Y tras encontrar ciertos parecidos, concluye:

Es muy curioso que la Revolución Cubana de 1953-1958 dé a *Utopía* base para una nueva correlación entre la utopía socialista de los precursores románticos y la realidad marxista-leninista, frente a la cual el gobierno y las clases cogobernantes de los Estados Unidos se encuentra en una perplejidad semejante a la de un landlord que leyera la utopía en 1516. Es esta actual realidad lo que da nueva e insospechada validez a la obra de Moro, bajo el complejísimo enigma de qué relación de carácter sideral [...] hay en la historia cuando, sin acudir a la técnica misteriosa de la profecía, se anticipa en siglos un acontecimiento que una vez consumado, pero no antes, se percibe que está en la línea de la evolución natural²⁴.

Y apunta:

Hay en estos hechos algo más que meras coincidencias casuales. ¿Es que hay en América una propensión telúrica a la socialización, sea por sus antecedentes aborígenes, como el *calpulli* y el *ayllu*, sea por el contraste con la civilización cristiana feudal en su decrepitud [...], sea porque éste es territorio apto para una experiencia nueva de los posibles modos de vivir?²⁵

En resumen, según Martínez Estrada la marginalidad y la relación hegemónica son dos rasgos de nuestra historia que nos impiden esperar que el futuro se desenvuelva como mera evolución. Allí radica, según Martínez Estrada, el drama latinoamericano, resultado de la relación hegemónica con los imperios ibero,

²⁴ “El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”, *CuA*, 1963, núm. 2, p. 112.

²⁵ Art. cit., p. 113.

británico y norteamericano. En el interior de cada una de nuestras naciones se reproducirá ese mismo drama de lo que el economista Erico Calcagno —otro de los alumnos de la escuela de La Plata— denominará “monólogo norte-sur”. La historia de América parece ser, para Martínez Estrada, la larga versión de un triste monólogo o diálogo de sordos. No ve pues la historia de América como la marcha hacia un encuentro cada vez más enriquecedor de hombres y culturas, sino como la persistencia en el desencuentro debida, ahora no ya a la vetustez de América o a la rapacidad del conquistador español, sino a una dolencia mucho más grave que aqueja a nuestro subcontinente: en los ejes mismos de su estructura histórica hay un falseamiento inicial que es la existencia de una relación vertical de dependencia.

Esta apretada síntesis de algunas de las ideas de don Ezequiel nos lo muestran, a la inversa de don Pedro, dueño de un pensamiento dionisiaco, extremado, paradójico. Porque si la historia de América no es una armónica marcha hacia el progreso y el encuentro con su identidad intrahistórica, si no es posible una evolución no quedará más camino que la revolución. En el fin de sus días don Ezequiel hace de Cuba su destino y de Martí y del *Che* Guevara, que murieron mucho más jóvenes que él, sus maestros y los grandes profetas de América. Nietzscheano en su visión dionisiaca del mundo, nietzscheano en su confianza en el superhombre, nietzscheano en su visión de la historia como retorno y no como marcha. Pero no sólo nietzscheano sino profundamente utópico. Porque existe un importante matiz en el que atisba el genio de Martínez Estrada. La revolución es la contrapartida de la marginación.

Si, como decimos en términos actuales, América Latina no es no desarrollada sino subdesarrollada, su futuro soberano no puede radicar en una evolución o desarrollo a partir de premisas ya dadas, sino a partir de una superación o revolución en la que se encuentre, en el futuro, algo que todavía no tenemos. América es, para Martínez Estrada, un retorno al futuro, un encuentro revolucionario con una identidad perdida, mientras que, para Henríquez Ureña, es una marcha al futuro, una marcha al encuentro con la identidad olvidada.

No creemos que estas dos visiones de América se agoten en sí mismas, ni que en el fondo llegaran a constituir un credo para ambos intelectuales. ¿Sería en verdad nuestro tan malicioso Martínez Estrada capaz de creer con candidez en la llegada mesiánica para América Latina de una época dorada, aun cuar

do se expandiera por todo el continente la Revolución cubana? En realidad él mismo, quien fue uno de los primeros intelectuales latinoamericanos en apoyar la revolución, regresó a morir a la Argentina con cierto desengaño respecto del proceso revolucionario. ¿Y el optimismo de Henríquez Ureña, quedaría efectivamente incólume después de sus varias experiencias de destierro, como la que lo llevó a pasar de Santo Domingo a Cuba, o de México a la Argentina?

Lo que nos ha interesado recalcar a través de nuestro viaje imaginario es que en estas dos visiones de América Latina se encuentra la voluntad de interpretar con lealtad nuestra historia. Son muchas las preguntas latentes: ¿son posibles el crecimiento, la unidad, la identidad de estos sufridos países? Porque para poder plantear a futuro nuestra identidad, tenemos que encontrar en el pasado las semillas que la hagan posible. Y en esto, creo que ambos maestros coincidieron. Evolución o revolución implican el encuentro del pasado con el futuro. De allí que la única forma de predecir el futuro radique en comprender desde el presente nuestro pasado, y afirmar la posibilidad de interpretar nuestra historia en busca de su *sentido*.

LILIANA WEINBERG DE MAGIS
Universidad Nacional Autónoma de México

